



AIBR  
**Revista de Antropología  
Iberoamericana**  
www.aibr.org  
**Volumen 14**  
**Número 1**  
Enero - Abril 2019  
Pp. 73 - 94

Madrid: Antropólogos  
Iberoamericanos en Red.  
ISSN: 1695-9752  
E-ISSN: 1578-9705

## **Sinergias contaminantes y hegemonías duraderas en el centro de la Provincia de Buenos Aires, República Argentina**

**Marcelo Sarlingo**

Departamento de Antropología Social, Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría,  
Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, República Argentina

**Recibido:** 06.12.2017

**Aceptado:** 27.06.2018

**DOI:** 10.11156/aibr.140105

## RESUMEN

El artículo describe las características socioambientales del Partido de Olavarría, ubicado en la Región Centro de la Pcia. de Buenos Aires. Siendo una de las regiones más ricas del mundo, los rápidos cambios en el uso del suelo se articulan con las dinámicas de cambio tecnológico acelerado en la producción agrícola minera y cementera. Esta articulación está generando sinergias glocales, entre las cuales la estructuración de condiciones para la producción de cuerpos disciplinados y permeables a sustancias contaminantes emitidas por los sectores fabriles constituye una dimensión opacada por las políticas corporativas y estatales. La construcción social de hegemonías naturales y de la salud colectiva a nivel regional es inseparable analíticamente de la legitimación simbólica de las políticas neoliberales a escala sistémica. Los regímenes de gubernamentalidad que se despliegan temporalmente durante casi un siglo en el centro de la Pcia. de Buenos Aires sirven para pensar la opacidad de otros procesos actuales; por ejemplo, la reprimarización de la base económica nacional, siempre enmarcados en la consolidación del neoliberalismo en América Latina.

## PALABRAS CLAVE

Sinergias, impactos socioambientales, hegemonías naturales, salud colectiva, Pcia. de Buenos Aires.

**CONTAMINANTS SYNERGIES AND DURABLE HEGEMONIES IN THE CENTRE OF THE PROVINCE OF BUENOS AIRES, ARGENTINE**

## ABSTRACT

The article describes the socio-environmental characteristics of Olavarría County, located in the Center Region of the province of Buenos Aires. Being one of the world's richest regions, rapid changes in land use are articulated with the dynamics of technological change accelerated in the agricultural, mining and cement production. This articulation is generating glocal synergies, among which the structuring of conditions for production of disciplined bodies and permeable to pollutants emitted by the manufacturing sectors is an overshadowed dimension by corporate and State policies. The social construction of natural hegemonies and collective health at the regional level is analytically inseparable of the symbolic legitimation of neo-liberal policies at systemic full-scale. The biopolitical which are temporarily deployed for almost a century in the Centre of the province of Buenos Aires are used to think the opacity of other current processes, scale national and framed in the consolidation of neoliberalism in Latin America, such as the reprimarization of the national economy.

## KEY WORDS

Synergies, social and environmental impacts, natural hegemonies, collective health, Pcia. Buenos Aires.

## Introducción

A partir de las dificultades epistemológicas para determinar con exactitud el impacto de la silicosis en la salud de los obreros de la industria cementera en el Partido de Olavarría<sup>1</sup> durante el siglo XX, se analizan los elementos principales de las sinergias socioambientales en la región Centro de la Pcia. de Buenos Aires, que transformaron la zona en un área de «especialización sucia». De este análisis emerge una de las dimensiones de la subalternización de los sectores populares de la región. Es la convivencia de las personas con residuos peligrosos emitidos por la industria cementera local, que se combinan con el disciplinamiento de los cuerpos de obreros y habitantes de las localidades contiguas a las fábricas. La opacidad de esta situación se incrementa en un contexto de aplicación de políticas neoliberales que se prolonga durante más de cuatro décadas, y que genera riesgos y amenazas a la salud colectiva. La condición de permeabilidad de los cuerpos de los trabajadores se presenta desde las etapas iniciales de la organización taylorista de los procesos productivos en la región, y ya desde hace más de un siglo que es ocultada y resignificada simbólicamente. El análisis de las transformaciones sociales locales producidas por la globalización es un aspecto fundamental de la antropología social actual, y en este sentido el contexto neoliberal de la implementación de políticas regionales y locales puede ser discutido con categorías antropológicas, prestando atención a múltiples sinergias cuyas evidencias emergen de varias maneras. Entre ellas, la retroalimentación entre políticas industriales, estructuras de poder formales y la producción de riesgo social (Sarlingo, 2003 y 2007). Por eso, este trabajo sintetiza parte de varios procesos de investigación articulados en el campo de la antropología médica y de la ecología política, desarrollados desde 1998 hasta 2013. La metodología utilizada se centra, aunque no exclusivamente, en el «método de contextualización progresiva» (Vayda, 1983: 265-281), muy utilizado por la ecología política en los años 80 y 90, y la dimensión técnica que se constituyó sobre usos triangulados de información cualitativa obtenida aplicando observación participante y entrevistas semiestructuradas (Guber, 2011), combinado con el uso de Sistemas de Información Geográfica (GIS) y datos secundarios obtenidos de fuentes oficiales y pri-

---

1. En la República Argentina, el territorio se divide en provincias (en total 24), y a su vez las provincias se dividen en «partidos», división que engloba el *hinterland* amplio de las ciudades y los pueblos. El gobierno político de los partidos se realiza desde el nivel municipal, equivalente a la jurisdicción de un ayuntamiento europeo. Una región agrupa varios partidos, y una ecorregión se define desde criterios biológicos y ecológicos, y puede agrupar sectores de varias provincias.

vadas, locales y nacionales. Los datos de la historia industrial explican la génesis de las actuales sinergias contaminantes, y para ello un cuerpo de datos útiles y significativos provino de cinco decenas de entrevistas a obreros, gerentes y personal jerárquico de las unidades fabriles, empleados de empresas contratistas, personal del sistema de salud regional (especialmente médicos y enfermeras) y pacientes afectados por enfermedades de origen laboral. Con un conjunto importante de estos entrevistados surgió la necesidad de respetar niveles de confidencialidad y de protección de identidades mucho más elevados que la exigencia ética básica y normalizada en las investigaciones antropológicas actuales. Puntualmente se utilizó el método del «caso extendido» para recabar información específica sobre ciertas trayectorias de personas afectadas por contaminantes emitidos por el sistema fabril. Funcionarios gubernamentales de diversos niveles del aparato del Estado y responsables de las áreas de gestión ambiental fueron remisos a brindar información concisa en un contexto formal de investigación académica y sobre impactos ambientales locales, y el acceso a datos de causas y procesos judiciales y legislativos específicos archivados en diversos juzgados solo se pudo dar a partir de la generosidad de familiares y militantes de partidos políticos y organizaciones de la sociedad civil. Otro conjunto de datos dispersos y fragmentados se obtuvo mediante diversos modos de participación en seminarios de formación técnica en áreas del conocimiento como ingeniería industrial, gestión ambiental del desarrollo y análisis de sistemas geográficos regionales y actuando en grupos de trabajo interdisciplinarios en ámbitos académicos regionales e internacionales. Los datos útiles han sido articulados según el análisis procesual formulado por Rolando García (2000) como metodología de estudio de la sustentabilidad regional de los procesos de desarrollo. Parte de las transformaciones sociotécnicas descritas en este trabajo se originaron durante los procesos políticos generados por la dictadura militar más cruel de la historia argentina, que detentó el poder desde el año 1976 hasta 1982. Los mecanismos de producción de terror y de ocultamiento de la información instalados durante esos períodos constituyeron una dificultad importante porque continúan teniendo eficacia simbólica y efectos prácticos en la opacidad de las problemáticas aquí analizadas.

## **Riquezas locales y sinergias ambientales**

En la República Argentina, la Región Pampeana es una de las ecorregiones terrestres continentales paradigmáticas del territorio nacional. Ocupa 48 millones de hectáreas. Exactamente en el centro de la Pcia. de Buenos Aires se encuentra el Partido de Olavarría, uno de los más ricos de la

Región Pampeana. Su superficie es de 7.715 km<sup>2</sup>, representando el 3% de la superficie total de la Provincia de Buenos Aires, y está atravesado por las sierras del Sistema de Tandilia. Durante los últimos períodos geológicos se formaron allí grandes concreciones de tosca, que luego fue muy utilizada por los asentamientos (fortines, pueblos y ciudades) de la civilización «blanca» de base europea. En realidad, el afloramiento cristalino surge solamente en la parte culminante de las sierras. En todo el resto las rocas antiguas están debajo de un manto de sedimentos geológicamente más recientes, por lo que las explotaciones mineras deben realizar excavaciones (comúnmente llamadas «destapes») para obtener los minerales comercializables o utilizables como insumos en procesos industriales, alterando y destruyendo el paisaje serrano característico. En el Partido de Olavarría se distinguen tres grupos de cerros, y alrededor de ellos se desarrollaron Sistemas de Fabricas con Villa Obrera, es decir, asentamientos urbanos originados en una explotación fabril, interdependientes en términos de producción de bienes y reproducción de la fuerza de trabajo. Dentro del grupo de sierras denominado Septentrional se encuentra la población de Sierras Bayas, que concentra más de 3.500 habitantes. Relacionadas con los otros grupos (Central y Austral), se encuentran Loma Negra, de más de 5.000 habitantes, y Sierra Chica, ambas fuertemente vinculadas a la riqueza minera. Anteriormente se destacó también la Villa Von Bernard, construida en torno a la fábrica Calera Avellaneda, que llegó a reunir bastante más de mil habitantes en viviendas de excelente construcción, y que fue demolida luego de la adquisición de la fábrica por capitales españoles. La riqueza minera del Partido de Olavarría es particularmente importante. Se sustenta básicamente sobre dos rubros: rocas de aplicación (85%) y minerales no metalíferos (15%). Históricamente, Olavarría ha aportado el 43% del volumen y el 25% del valor económico de la producción minera provincial. Esta dinámica productiva llegó a generar nueve mil puestos de trabajo (tres mil directos en el sector minero y seis mil indirectos) hasta finales de la década del 70 y principios de los años 80, momento en que comienza una incorporación intensiva de tecnología a la producción, con la automatización de procesos y, por consiguiente, un reemplazo de la mano de obra no capacitada. En 1996, finalizado el proceso de modernización tecnológica del sector minero comenzado durante la dictadura militar de 1976, existían 36 yacimientos en actividad, que produjeron casi 4.000.000 de toneladas de piedra caliza, 2.500.000 de granitos triturados y 500.000 toneladas de dolomitas trituradas, con la misma fuerza de trabajo que cincuenta años antes. El sector cementero redujo progresivamente su fuerza de trabajo



hasta llegar a los pocos cientos de obreros para trabajar en tres fábricas, pero incrementó sus niveles de producción en un 100%.

En gran parte de esta riqueza (geológicamente asentadas sobre la denominada «formación Loma Negra», estrato geológico que contiene grandes yacimientos de caliza) se encuentra el origen de las fábricas del Grupo Fortabat, que han mantenido la hegemonía en el mercado nacional del cemento durante décadas. Su actividad comienza a fines de la década del 20, y cien años después se estructura un conglomerado de integración vertical que articula ocho fábricas de cemento, latifundios, empresas de transporte y de comunicaciones, etc., y que se despliega por todo el territorio nacional. A fines de los 80, el Grupo Fortabat adquiere la planta de fabricación de cemento de la Cia. Argentina de Cemento Portland S.A., ubicada en Sierras Bayas y perteneciente hasta entonces a capitales norteamericanos. Se inicia un proceso de concentración regional y un intento de dominio monopólico del mercado del cemento, que se potencia cuando el Grupo Fortabat logra adueñarse del ferrocarril Roca y articular empresas subsidiarias que concentran la utilización de residuos peligrosos de otros procesos productivos para luego quemarlos en los hornos cementeros. Con la venta de todo el Grupo Fortabat a los capitales brasileños concentrados en el *holding* Camargo Correa, ya en la primera década del siglo XXI y en pleno auge de las políticas de expansión del mercado interno impulsadas por el gobierno de Néstor Kirchner, la producción se multiplica y el Partido de Olavarría se destaca por convertirse en el principal centro minero de la Pcia. de Buenos Aires (al incrementarse la extracción de cal, caliza, dolomita, arcilla, arena, laja y pedregullo) y el mayor productor de cemento a nivel nacional, produciendo el 60% del total anual de la República Argentina. La producción primaria generada localmente se integra a otros procesos de carácter industrial, generando productos de alto valor agregado especialmente en el sector ceramista (producción de tejas, cerámicos, ladrillos, revestimientos, etc.), y esta dinámica induce el desarrollo de industrias que brindan servicios al sector minero, lo que permite desarrollar desde la logística (hay un parque de camiones registrado de cuatro mil unidades) hasta la investigación aplicada, a través de los convenios de las industrias con la Facultad de Ingeniería de la Universidad del Centro (Unicen).

## **Procesos productivos y emisiones peligrosas**

Uno de los secretos mejor guardados durante décadas es el consumo energético del sector cementero olavarricense. Sin embargo, se puede tener una idea muy fragmentada de la importancia de su impacto ambiental si se

toma en cuenta que el sector cementero es responsable de alrededor del 5% de las emisiones de CO<sub>2</sub> a nivel mundial, principal gas productor del efecto invernadero y cambio climático. Durante la fabricación de cemento, se produce CO<sub>2</sub> en torno a dos vías: la conversión química de la piedra caliza producida durante su calcinación y el propio consumo de combustibles como el carbón o gas natural, que vendría a ser el caso de las empresas cementeras instaladas en el Partido de Olavarría. El más simple indicador de emisiones es el promedio mundial que señala un valor de 900 kg/t de clinker (mezcla básica a partir de la cual se obtiene el cemento usado en la construcción de viviendas y edificios), de los cuales 540 kg/t pertenecen al proceso de descarbonatación (o sea, la transformación de caliza en cal viva), y el resto corresponde al uso de combustibles necesarios para generar temperaturas superiores a los 1.500 grados en los hornos donde se produce la combustión de la mezcla base.

Una simple cuenta, seguramente errónea por lo sencilla, arroja la cifra de 2.970.000.000 de kg de CO<sub>2</sub> anuales, obtenida de multiplicar la producción anual de clinker declarada a la Municipalidad de Olavarría (cerca a 3.300.000 t en el año 2009), por el valor estándar de 900 kg/t reconocido por la industria cementera a nivel mundial. Esta sería la emisión de CO<sub>2</sub> a la atmósfera generada por el sector cementero local. Hubo un intento de disminuir emisiones, enmarcado en la reconversión neoliberal del sector cementero local, en la década del 90. El Grupo Fortabat aún era propietario de su conglomerado cementero y colaboraba con otra gran fábrica, Cementos Avellaneda (de capitales originalmente alemanes y luego catalanes). Entre ambos grupos industriales implementaron el uso de combustibles sustitutos del gas natural en gran escala (superior a cien toneladas diarias) como un paso para la fabricación de un producto descrito como «cemento verde» o «cemento ecológico», intentando reducir las emisiones de Gases de Efecto Invernadero (GEI) (Sarlingo, 2000).

Pero no es solamente la producción de GEI lo que caracteriza la producción cementera local. En la industria cementera, las operaciones llevadas a cabo desde la obtención de las materias primas en minas y canteras hasta las de molienda, calcinado, transporte, etc., producen ciertas pérdidas de partículas materiales que se liberan al medio local, pudiendo llegar a generar impactos ambientales considerables. En general, las partículas cuyo diámetro no supera las 2,5 micras (PM<sub>2.5</sub>) son las causantes de los mayores efectos negativos sobre la salud humana. Son difícilmente eliminables por el propio cuerpo humano y pueden llegar a provocar problemas respiratorios crónicos. Enfermedad Pulmonar Obstructiva Crónica (EPOC) y silicosis son afecciones relacionadas bien conocidas.

Una instancia de cambio tecnológico particularmente controversial se da en la utilización planificada de combustibles denominados «de sustitución» o «alternativos» al uso de gas natural. Estas sustancias, tanto sólidas como líquidas, están constituidas por diferentes tipos de residuos de otros procesos productivos o del consumo urbano con un poder calorífico suficientemente elevado para realizar una aportación energética neta al proceso. La sustitución de combustibles fósiles por residuos industriales denominados «peligrosos» ha sido una práctica muy desarrollada en algunos países como EE.UU. y Canadá desde hace más de 30 años, tanto para la eliminación de residuos peligrosos (neumáticos usados, aceites usados y disolventes, residuos de la fabricación de pinturas y detergentes industriales, residuos de plantas petroquímicas y siderúrgicas) como para la reconversión de desechos como sustitución de combustible fósil. Estas tecnologías se usaban ya en muchas fábricas de cemento y en diversos lugares del mundo, pero en Argentina se aplicaron por primera vez a comienzos de la última década del siglo XX. También a mediados de los 90, en la producción cementera, se utilizaron en gran escala neumáticos usados como combustible de sustitución, los que llegaron a acumularse por millones de unidades en las canteras abandonadas. El Grupo Fortabat fue pionero en esta utilización:

[...] Este proyecto se enmarca dentro de una política que ha mantenido nuestra empresa: cuidar el medio ambiente. Dentro de los avances tecnológicos, es necesario respetar al hombre. Las fábricas son algo bello, porque crean para el hombre, pero no deben transformarse en destructoras de él... Por eso, este emprendimiento es un orgullo para Loma Negra, ya que no solo puede brindar un excelente suministro de cemento con escoria, sino que además brinda una nueva muestra del compromiso ambiental y conciencia ecológica, con los cuales siempre ha encarado sus procesos productivos (Amalia Lacroze de Fortabat, mayo de 2000, en Sarlingo, 2000: 18).

Sin embargo, la quema de neumáticos fue un fracaso, ya que nunca se consiguió optimizar la tecnología y el piso de los hornos se llenaba de residuos que alcanzaban casi dos metros de espesor, y durante los procesos de prueba las viviendas de Loma Negra y Sierras Bayas amanecían cubiertas de un fino hollín que se adhería prácticamente a todo. Aun así, se persistió con el «Recyfuel», mezcla de residuos peligrosos provenientes de otras industrias, que aún se produce desde Cañuelas a un ritmo de 120 toneladas diarias y que, según reconocen públicamente los responsables de su producción, solo alcanza a sustituir entre un cuatro y seis por ciento del consumo de gas natural de un horno cementero. Con lo cual, cabe preguntarse si montar una economía de escala con una envergadura re-



gional y transformar la región en una zona de «especialización sucia» no tiene que ver más con la articulación de un negocio subsidiario de la producción industrial, como lo es el manejo de los residuos peligrosos. En efecto, el Grupo Loma Negra percibía un canon por reindustrializar los desechos de las industrias petroquímicas. Grandes generadores y también pequeños, en un rango que va desde un complejo petroquímico hasta un simple taller de barrio que necesita desprenderse del aceite y del querosén usados, le pagan a la empresa radicada en Cañuelas un monto de dinero en relación con el peso y volumen de los desechos a eliminar. Estos se industrializan bajo la forma de Recyfuel, una mezcla de sustancias residuales de alto valor calórico, y se transportan por tren hasta las plantas cementeras, donde son utilizados como combustible en los hornos de producción de cemento.

## Opacidad y cotidianeidad

El principal nivel de análisis que se pudo abordar sobre la manera en que se presentan a la experiencia social los procesos de salud-enfermedad en los Sistemas de Fábrica con Villa Obrera se organizó a partir de una tesis de grado en antropología presentada en la Unicen. Abordando la cotidianeidad de los obreros del cemento en las fábricas del Partido de Olavarría, la estudiante de antropología social M.V. Iribe (Iribe, 2012) encuentra que la inscripción fisiológica del sistema de turnos rotativos con el que se organiza la producción se lleva hasta la tumba. Los obreros trabajan una semana a la mañana, la siguiente semana a la tarde y la siguiente a la noche, así durante toda su vida laboral, porque la producción asentada sobre tecnologías de flujo continuo no puede detenerse. Los obreros retirados, aún años después de su jubilación, siguen viviendo con los ritmos fabriles, comiendo a la misma hora, durmiendo y mirando televisión como si aún siguieran trabajando, y respondiendo automáticamente a estímulos como la sirena que indica el cambio de turnos en la entrada de la fábrica. Aún en vacaciones o en viajes largos se despiertan a las cuatro de la mañana y su biorritmo responde a los ciclos rotativos fabriles. En las cementeras olavarrienses, y durante el siglo XX, una cantidad de obreros nunca establecida oficialmente enfermó y murió de silicosis. Esta es la mayor opacidad que se puede identificar en el imaginario local, ya que la fábrica siempre fue representada como el «locus» del trabajo que llevaba al bienestar y nunca pudo ser pensada colectivamente como un lugar de muerte. La silicosis, conocida como «la enfermedad de los mineros», es una enfermedad crónica, progresiva e irreversible que va asfixiando lentamente a las personas, finalmente imposibilitados de respirar por la acumulación

de partículas residuales en los tejidos pulmonares, partículas que eran el subproducto visible de la producción cementera. En el marco de la dictadura militar de 1976, es asesinado el Dr. Carlos Alberto Moreno, abogado olavarricense que representó a los únicos cinco obreros que se animaron a demandar a la industria por haber enfermado de silicosis a partir de sus condiciones de trabajo. Luego de este asesinato, todo reclamo judicial queda olvidado<sup>2</sup>. Los cambios tecnológicos posteriores, enmarcados en el auge del neoliberalismo dominante en los años 90, la venta de las empresas cementeras locales a un gran grupo empresario de origen brasileño, y la ausencia de fiscalización ambiental real, agregan toda una dimensión macabra a esta dinámica. Al disciplinamiento de los cuerpos y a la construcción de la subjetividad, al desgaste y a la enfermedad profesional, hay que agregar el riesgo individual y colectivo generado por la transformación de los hornos cementeros en gigantescas incineradoras de residuos peligrosos.

Todos estos procesos y sus efectos amenazantes para las personas, generadores de riesgo e incertidumbre, son tolerados o directamente ignorados por los poderes políticos locales y por los responsables de la implementación de la política ambiental. Pero, además, existe un silencio colectivo y una profunda inacción estatal. Los hornos pertenecen a compañías multinacionales que son mucho más poderosas que cualquier sector político local, y nunca se ha logrado componer una coalición de ciudadanos para exponer públicamente esta situación. La última vez que fueron interpelados por los representantes municipales fue en 1948, cuando se logró que las grandes cementeras tributaran una tasa por la explotación de recursos naturales no renovables. En más de cien años, jamás fueron interpelados por daños ambientales a la salud colectiva. Los sectores mineros y cementeros han logrado siempre imponer sus condiciones de producción tecnocológicas y tecnoeconómicas, y solo permiten una negociación subordinada sobre mínimos aspectos impositivos, siempre bajo el manto ideológico del «desarrollo industrial moderno»<sup>3</sup>, y sin nin-

---

2. No existe ningún estudio epidemiológico zonal que evalúe la prevalencia de la silicosis en la fuerza de trabajo del sector minero del Centro de la Pcia. de Buenos Aires, pensando no solamente en las grandes fábricas de cemento, sino también en las decenas de explotaciones de escala media, empresas familiares de varias generaciones y canteras pequeñas. La cuestión se mantuvo en silencio durante todo el siglo XX, luego de la muerte de C.A. Moreno, y solamente en el marco de la política nacional de búsqueda de la verdad histórica y reparación de los crímenes cometidos durante la dictadura militar del año 76 se pudo recuperar algo de lo que menciono en este artículo. Es una de las grandes deudas con la salud colectiva, pero las dirigencias locales no están interesadas en investigar y saldar esta deuda.

3. El peso ideológico de las representaciones colectivas sobre el desarrollo industrial moderno y sus consecuencias locales y regionales lo he trabajado en varias oportunidades con muy diversos resultados a lo largo de varios años. Algunos materiales resultaron importan-

guna inquietud moral al hacer propaganda de que el cemento que producen es «ecológico». En los últimos meses del año 2013, aduciendo dificultades con algunos materiales, las chimeneas de la principal fábrica de cemento, denominada L'Amalí, han emitido a la atmósfera grandes cantidades de particulado residual, emisión informalmente calculada en más de cincuenta mil toneladas para un período de seis meses. Sumado a esto, un simple recuento de accidentes ocurridos con los combustibles «alternativos» y la inacción correspondiente demuestra simplemente algunos aspectos del riesgo y la opacidad en torno al mismo:

1°. Durante el año 2002, en las páginas de *El Popular*, único periódico local, se mencionaba este escueto informe:

Otra emergencia se presentó a las 9.30, cuando salieron las unidades 9 y 15 a cargo de oficial Javier Domínguez hacia un galpón utilizado como depósito industrial que se incendió el sábado, a la altura del kilómetro 291 de la ruta nacional 226. En el lugar se guardaban combustibles sólidos conocidos como Recyfuel (RFS), material compuesto por marlo de maíz, goma, madera, plástico, medicamentos, perfumes vencidos y otros desechos industriales con poder calorífico, y que se utilizan como combustible alternativo para los hornos de cemento (*El Popular*, 11 de noviembre de 2002).

2°. La explosión de un silo cementero en la planta de Calera Avellaneda a fines de 2007, que dejó con graves quemaduras al ingeniero Carlos Bastien, de 40 años, con heridas en el rostro y las piernas, y a Luis Attadia, de 53 años, quien tuvo quemaduras de segundo grado en glúteos. No se declaró públicamente el combustible que se incineraba.

3°. La intoxicación del empleado de la estación de servicio «San Jacinto», Sr. Julio Vera, ocurrida mientras lavaba un camión cisterna que transportaba un producto potencialmente letal, declarado en la carga como «fenolio». La fecha fue 20 de febrero de 2008. No hubo investigación sobre el hecho.

4°. A principios de 2010, se produjo un incendio en la cinta transportadora que llevaba el clinker en la fábrica «L'Amalí». Recordemos que el Recyfuel queda atrapado en el clinker, lo que potencialmente significa emisión de sustancias contaminantes a la atmósfera en caso de incendio no controlado. El caso no tuvo repercusión mediática.

Un solo caso de envenenamiento por contacto con el Recyfuel, que le sucedió a una persona cuando higienizaba la caja de un camión horas

---

tes fuera de las actividades puramente académicas, especialmente para procesos democráticos de oposición ciudadana a algunos proyectos de transformación de la región en un «área de especialización sucia».

después de descargar el combustible en la planta de la fábrica, da por tierra los argumentos empresarios sobre la inocuidad del producto. Pero el *lobby* cementero es muy poderoso, y resulta muy fácil responsabilizar al mismo transportista por las «malas prácticas» de manejo del combustible, al no ser un empleado directo de la empresa, sino alguien empleado por un proveedor que brinda servicios eventuales. Esto evidencia un mecanismo común en las políticas ambientales empresarias: el manejo de los residuos peligrosos se terciariza, y de esa forma las responsabilidades empresarias corporativas se diluyen en el mar de la informalidad y el cuentapropismo que caracteriza a las economías informales del capitalismo actual. Se genera así un estado de riesgo colectivo que fuera caracterizado teóricamente por Ulrich Beck (1998), y cuyos mecanismos de simbolización encajan perfectamente con la Teoría Cultural del Riesgo.

## Hegemonía y salud colectiva

La descripción de este escenario nos lleva a otro nivel de análisis. Se puede partir de una pregunta simple: ¿cómo es posible que las dinámicas productivas industriales que dominan la región acarreen la diseminación de sustancias peligrosas, muchas de ellas venenos mortales, y que la población local mayoritariamente acepte la condición de convivir con los tóxicos sin resistencias visibles? Y más: que se deslexicalice la vulnerabilidad de los cuerpos individuales y se niegue colectivamente la amenaza de enfermar y morir por los subproductos del crecimiento industrial. Dicho de forma más directa: por qué se toleran tales amenazas a la salud colectiva. Mary Douglas (Douglas y Wildavsky, 1982) argumenta que no hay un acuerdo único para la evaluación de riesgos y amenazas, pues surgen diferentes grupos y sus visiones sobre la naturaleza de la amenaza van a diferir. Así, se plantea que las creencias y valores compartidos por determinados grupos (sociales y culturales) influyen en la selección de lo que se considera o no como riesgo, de tal manera que las personas de estos grupos se preocupan especialmente de aquellos acontecimientos que podrían afectar o poner en peligro sus sistemas de creencias o valores, su manera de entender y de vivir las relaciones sociales.

Enfatizando el peso de la contextualidad radical, es decir, la comprensión de que todas las categorías del sentido común y también las teorías sociales han sido elaboradas en contextos históricos específicos y situados, sirve como indicador una crónica periodística fechada en 1925, en la cual se relata una visita a la primera fábrica de cemento de la región. Ubicada en la localidad de Sierras Bayas, a dieciocho kilómetros de la ciudad de Olavarría, en una época en que todavía no existían rutas pavimentadas,

los vehículos eran realmente escasos y el cemento se transportaba mayoritariamente por tren, el cronista se sorprende por el excesivo particulado atmosférico y trata de indagar sobre la salud colectiva de los pobladores de Sierras Bayas. La respuesta del médico más importante de la localidad, el Dr. Andres Biaggi, es llamativa:

- [...] Pero aquí no hay nada que hacer... En Sierras Bayas no se enferma nadie, hay peste de salud. El hospital que aquí sostiene la fábrica de cemento no es apenas más que una enfermería o sala de primeros auxilios para accidentes, casos frecuentes entre tantos obreros del establecimiento...
- Pero esas enormes polvaredas que levantan los vehículos y el viento deben ser malsanas, doctor.
- Al contrario, el polvo es de cal, y la cal favorece la salud. Con eso que Ud. cree dañoso, se produce una calcificación natural de los pulmones, y no habiendo enfermos, no hay microbios.
- En Olavarría abundan los bacilos, y me han dicho que el clima de aquí es tan húmedo y enfermizo como aquel.
- Se equivocan. Aquí el frío es seco y sano y los bacilos son desconocidos. Las horas vividas entre tantas actividades, entre el ruido ensordecedor de las máquinas, respirando aire espeso, impregnado de cal, que es salud, transcurren veloces (Sarlingo, 1993: 52).

En 1925, la producción de rocas de aplicación y de calizas ya llevaba cuatro décadas de desarrollo artesanal, pero la producción a escala industrial recién comenzaba. Una empresa norteamericana, la «Lone Star Company», montaría los primeros hornos industriales de producción cementera en Sierras Bayas, con capitales y *know how* extranjeros, pero articulando muchos procesos de trabajo con canteristas locales, generalmente de origen italiano. Una parte de la piedra caliza extraída se comenzó a industrializar en gran escala a partir de 1919, en los molinos de clinker, como una etapa de la producción de cemento, mientras que otras rocas se utilizaban en la construcción de rutas, caminos y edificios públicos y privados. Los inmigrantes de ultramar que formaron la población de la Argentina moderna llegaban a la región atraídas por el surgimiento de estructuras industriales, que demandaban mucha mano de obra y se mezclaban con las poblaciones locales de origen criollo e indígena, que en muy poco tiempo pasaban de trabajar en el mundo rural a la dinámica de flujo continuo de la producción industrial.

Inicialmente, las condiciones y el medio ambiente de trabajo de los obreros mineros evidenciaban una gran explotación; hombres, mujeres y niños trabajaban al aire libre en las canteras de piedra durante todo el año. Frecuentemente debían partir la piedra y trasladarla con los pies en el agua, porque los acuíferos fósiles de la sierra inundaban las canteras.

La fuerza de trabajo que conseguía incorporarse a la industria cementera no la pasaba mejor. La industrialización fabril era un proceso mucho más violento que la minería artesanal, con un ritmo de trabajo constante y organizado por turnos rotativos, ya que los hornos de clinker no podían detenerse y casi todos los procesos de operación y mantenimiento eran manuales. Los ritmos tayloristas se sostenían porque los ingenieros norteamericanos manejaban «científicamente» la fuerza de trabajo a lo largo de jornadas agotadoras. Miles de personas de diferentes grupos étnicos, mayoritariamente provenientes de diversas regiones de Europa anterior y posterior a la Primera Guerra Mundial, más miles de migrantes del interior del país, fueron fijados como fuerza de trabajo a la producción de cemento en menos de dos décadas. La estructuración de estos procesos productivos se realizó en un contexto de inexistencia de instituciones de salud pública estatal. La tuberculosis era la enfermedad prevalente, principal causa de muerte en zonas urbanas y rurales, y los jornaleros del sector minero recurrían a las redes de solidaridad étnica para enfrentar la aparición de la enfermedad y el desgaste temprano de los cuerpos, producido por las durísimas condiciones laborales, a través de los hospitales de las diferentes colectividades de migrantes. Pero estos hospitales estaban ubicados en la ciudad de Olavarría. De ahí que sean los mismos capitales fabriles quienes brinden inicialmente servicios de salud, sobre todo para garantizar el presentismo de los obreros, que recurrían masivamente al consumo de alcohol como forma de soportar las exigencias físicas de las larguísimas jornadas.

Puedo situar en estos años el inicio del proceso de producción de «hegemonías naturales» a escala local (Wolf-Meyer, 2011). En términos concretos pueden verse las maneras en que el orden del capitalismo moderno organiza el tiempo y el espacio, logrando subordinar la individualidad de los sujetos al conseguir que todos los ritmos biológicos y corporales se adapten a la dinámica de las estructuras de producción, distribución y consumo. Así, crea una «segunda naturaleza» en el cuerpo de los trabajadores y los consumidores, porque su fisiología básica (la actividad motriz y el sueño, la alimentación, los impulsos sexuales y el ocio recreativo) llega a estar totalmente mediatizada por las coerciones morales y políticas que el funcionamiento capitalista requiere y que luego se convierten directamente en el estilo de vida moderno. Así adquiere sentido la afirmación sostenida por el Dr. Biaggi acerca de que respirar cal favorece la salud o que la calcificación natural de los pulmones es beneficiosa. Porque la nocividad de la silicosis se conocía desde tiempos antiguos y en América empiezan a documentarse casos cuatrocientos años antes,



asociados a la minería colonial desarrollada por el imperio español (Gallo y Valderrama, 2011).

Tal cual Raymond Williams (1977) reelaborara a partir de los trabajos de A. Gramsci, los procesos hegemónicos estructuran un orden que es vivido como una práctica que realimenta y fortalece el mismo orden. Así es que el disciplinamiento de los sujetos para poder sostener un ritmo biológico y social que le permita desempeñarse en un puesto de trabajo, adaptándose prácticamente a las exigencias de la producción capitalista, diariamente reproducir su energía vital en la cotidianidad de su espacio residencial y volver a trabajar al día siguiente, no solo construye su *habitus* (Bourdieu, 1988), sino también su propia biología. En este sentido, los estudios de la «condición corporal» o *embodiment*, iniciados por T. Csordas (1990) son una herramienta para evidenciar esta dinámica. Al subordinar a los conjuntos sociales marcando los ritmos de la producción y reproducción cotidianas, la modernidad selecciona también los procesos de desgaste y envejecimiento, creando las condiciones y mediaciones que generan enfermedad y muerte en los sujetos. El cuerpo biológico es un campo de batalla inseparable de la subjetividad, un espacio político donde se inscribe la organización de los circuitos sociales, espacio al que se agregan los efectos del riesgo, la incertidumbre y las amenazas creadas por la actividad industrial moderna. Y también hay un elemento muy importante en esta consideración, que es la condición de hegemonía/subalternidad que opera definiendo las posibilidades de negociación que cada individuo o grupo posee de manera situada. No es casual que veinte años después de las manifestaciones del Dr. Biaggi sobre la calidad del aire en Sierras Bayas, en ese mismo lugar, surgieran las primeras expresiones regionales del movimiento obrero organizado y se constituyeran las primeras delegaciones locales de los sindicatos de los obreros del cemento, en el contexto de surgimiento del primer peronismo, el movimiento político que expresaría por primera vez en la historia a la clase obrera organizada en la Argentina.

Sin embargo, otras preguntas surgen al analizar las historicidades locales. Si la resignificación de la producción de la enfermedad en los trabajadores y el ocultamiento de la nocividad de las condiciones de trabajo ya se articulan desde los primeros momentos de la estructuración taylorista y luego fordista de la producción cementera, ¿cómo es posible que sigan vigentes durante más de noventa años? ¿Son tan fuertes las hegemonías de los sectores capitalistas que logran que no se hable ni se actúe en torno a la producción de enfermedad y muerte como subproducto de la creación de riqueza?

## Lo microsocial y las amenazas colectivas

Ciertos aspectos etnográficos recogidos en diferentes trabajos de campo pueden dar elementos para responder a estas preguntas. Sin llegar a realizar totalmente una historia de vida, en el año 2010 se pudo investigar a la manera de un *leading case* la problemática de C.F.M., un trabajador afectado directamente por la inhalación de contaminantes a lo largo de su desempeño laboral en diversos puestos de empresas contratistas del sector cementero. En contacto cotidiano con el polvillo de cementos, asfaltos, vapores de breas, residuos de hidrocarburos y otros materiales durante más de una década, C.F.M. comienza a sufrir síntomas de problemas neurológicos que le imposibilitan la movilidad autónoma y cotidianamente pasa a moverse en una silla de ruedas. Su entrada al sistema de salud como enfermo crónico lo coloca en una situación de discapacidad, y en las entrevistas relata cómo el sector sindical que debía protegerlo legalmente no se interesó por su estado de salud. Inició reclamos ante la administradora de riesgos del trabajo (ART) contratada por su último empleador antes de enfermarse, y debió entablar una demanda judicial laboral. Se le reconoce judicialmente una afectación a su salud de un 30 por ciento de incapacidad laboral, y decide apelar. Su caso llega hasta la Corte Suprema de la Nación Argentina, máxima instancia de resolución de conflictos, en donde se reconoce discapacidad total y su derecho a una jubilación. El monto que percibió y actualmente percibe por la misma es totalmente insuficiente para poder resolver su reproducción cotidiana, por lo que vive de la solidaridad de vecinos y amigos, en una angustia constante. En sus relatos resaltan tres cuestiones: a) las presiones de parte de sus empleadores para que no reclame por sus derechos; b) las coacciones directas a que no difunda información pública sobre su caso, especialmente en los medios de comunicación local, sobre las particularidades de su demanda judicial; y c) las extorsiones directas por parte de personas sin dependencia oficial y formal pero con vinculación explícita con sectores empresarios para impedirle agruparse y reunirse con otros afectados por contaminantes similares. C.F.M., en su máxima desesperación, describe cómo llegó a imprimir una larga descripción de su padecimiento y a pegarla en los paredones de varios colegios, en las columnas de una de las entradas del hospital público y en la sede de la municipalidad local, sin obtener resultado alguno.

En las localidades que forman parte de los Sistemas de Fábrica con Villa Obrera mencionados más arriba no hemos dado con ningún informante clave que recuerde movilizaciones o reclamos colectivos con el objetivo de resolver las «molestias» generadas por la contaminación del

aire. Sin embargo, una docena de entrevistados admite conflictividades opacadas en torno a estas temáticas, desactivadas y silenciadas mediante un conjunto de articulaciones. La principal de ellas es la monetización de los riesgos por insalubridad laboral. Con el acuerdo de sindicatos (especialmente de las delegaciones locales de la Asociación Obrera Minera Argentina), las patronales pagan un plus económico por aquellas tareas peligrosas y que exponen a los obreros a los contaminantes en diferentes puestos del proceso productivo. De esta forma, padecimientos como la pérdida de audición (morbilidad típica en los trabajadores que se desempeñan en los molinos de clinker) y las diferentes modalidades de la enfermedad pulmonar obstructiva crónica (EPOC) se consideran un efecto «normal» en la vida productiva de cualquier trabajador, sin pensar en las responsabilidades del sistema fabril. Sin embargo, en entrevistas a médicos laborales que se desempeñaron en relación de dependencia formal en el sector cementero y en el de producción de cerámicos, uno de ellos señala que:

[...] el médico laboral está crecientemente obligado a mirar en la vida privada y en la conducta de los obreros fuera de la empresa. Es que la conducta individual es la principal generadora de riesgos. Los obreros olvidan protegerse los ojos y los oídos al no usar lentes ni tapones, no usan los barbijos protectores en verano porque los afecta el calor, y frecuentemente no descansan. Yo sé que ya en 1940 en Sierras Bayas ya había una presión sobre los obreros para evitar el consumo de alcohol, normas, reglamentos, o sea, una serie de medidas de profilaxis de los accidentes de trabajo. Luego vinieron las legislaciones laborales, de origen socialista y sesenta años después la modernización trajo la ergonomía y el análisis de las condiciones y medio ambiente de trabajo. Se siguió avanzando y hoy se está pensando en controlar el abuso de sustancias psicotrópicas y el consumo de drogas ilegales fuera de la empresa, ya fuera del tiempo que dura la jornada laboral [...] (F.B., médico clínico, 54 años, entrevistado el 12 de diciembre de 2010).

El carácter de la medicina laboral como saber normalizador opera individualizando las responsabilidades del cuidado de la salud y la prevención acerca de la enfermedad en los trabajadores, cuando en realidad son los sectores capitalistas los que estructuran un proceso productivo generador de riesgos colectivos. Los mismos médicos afirman desconocer los casos de enfermedades laborales generadas por la contaminación ambiental y la convivencia de los obreros con residuos industriales peligrosos. Niegan de plano que casos como los de C.F.M. tengan relación con el empleo fabril y exponen como un éxito de su trabajo la inexistencia de siniestralidad laboral. Sin embargo, por lo menos en tres de las entrevistas realizadas a trabajadores accidentados manifiestan la existencia de meca-

nismos que presentan a los accidentes laborales como eventos ocurridos en el tiempo de ocio de los obreros, fuera de las instalaciones fabriles, aun cuando hayan sucedido en su puesto de trabajo.

El mecanismo de individualización no es tan efectivo cuando son los mismos proyectos de gestión de los subproductos peligrosos de la producción fabril que se organizan desde el capital privado con la connivencia de las áreas de gestión ambiental del Estado. De esta forma, en los años 2002 y 2003 hubo movilizaciones colectivas en todo el Partido de Olavarría para evitar que se depositaran en las canteras abandonadas los residuos urbanos e industriales del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Los sectores industriales y algunos funcionarios del Gobierno local de esos años proponían reflotar la economía local cobrando un canon por depositación de los residuos generados por los 14 millones de habitantes del AMBA. El proyecto consistía en trasladar diariamente 16 millones de kilos de basura urbana e industrial desde el AMBA hasta el centro de la Pcia. de Buenos Aires y enterrarla en las canteras agotadas del Partido de Olavarría. Los ciudadanos rechazaron el proyecto y resistieron su implementación mediante manifestaciones colectivas, ocupación del espacio público, la organización de asambleas y movilizaciones de rechazo al proyecto y repudio a los sectores empresarios que lo motorizan. La etnografía del conflicto entre la población local y los sectores políticos y empresariales demuestra que la acción política de los sectores populares se organizó con una dinámica similar a la de los movimientos sociales denominados «EMPN» (Castells, 1998; Riechmann y Fernández Buey, 1994), en los cuales se forman coaliciones de ciudadanos cuyo único objetivo es evitar que en su territorio se depositen millones de toneladas de sustancias tóxicas, sin cuestionar los procesos estructurales que las producen. La dinámica de este movimiento alteró durante más de dos años la cotidianeidad de todos los pueblos articulados a la producción minera y cementera, poniendo en cuestión las bases mismas de las hegemonías locales (Fernández Equiza, 2007). Abandonadas las intenciones empresariales de concretar el traslado y la depositación de la basura del AMBA, las coaliciones populares se disolvieron rápidamente y las actividades fabriles de «especialización sucia» siguen incrementando su ritmo según los aumentos de los niveles de fabricación de cemento. Las organizaciones no gubernamentales que se formaron en ese contexto languidieron y lentamente fueron desapareciendo, y no existe actualmente ningún grupo local ni facción de algún partido político que quiera trabajar problemáticas ambientales en toda la zona. Después de quince años esta experiencia parece haber sido casi totalmente olvidada. Para lograr esta desactivación de la sociedad civil las empresas forzaron durante años mecanismos de

maquillaje «verde» y recurren a la utilización permanente de una retórica de base científica. Como ejemplo, pude presenciar que en el marco del III Congreso Latinoamericano de Salud Ocupacional y XVIII Congreso Argentino de Medicina del Trabajo, el Lic. Wytold Kopytynski, en representación de Recycomb (empresa productora de combustibles alternativos para hornos cementeros), presentó un estudio que resumía quince años de datos y declaró:

Prácticamente no hay ningún impacto sobre los trabajadores. Tenemos una abundancia de datos realmente importante tanto en lo que hace a la exposición directa del trabajador, como de impacto ambiental sobre la población y hemos comprobado mediante monitoreos, ensayos de combustión y todo tipo de emisiones que no hay impacto (registro de observación participante, 4 de octubre de 2013).

Con prácticas de este tipo, la comunicación empresarial logra que los habitantes naturalicen y acepten acríticamente su realidad personal. Las personas se habitúan a «no saber». Colectivamente, no se ha podido resolver la legitimidad de estudios independientes, porque no aparecen técnicos autorizados, laboratorios u organismos públicos en la zona que investiguen el ambiente, tomando muestras de suelo y de aire en el momento preciso de las emanaciones. Es fácil desconfiar de las inspecciones oficiales que se han realizado desde niveles provinciales, porque estas se han hecho en momentos en que las empresas han detenido o frenado su proceso de producción, o los resultados de las mismas son inaccesibles. Llegado este punto, cualquier ciudadano se siente perplejo con las inacciones del Estado, con las contradicciones, demoras e indecisiones de los funcionarios responsables de la política ambiental, y desalentados por la falta de coraje de muchos legisladores. El análisis que forma el cuerpo de este trabajo contrasta con lo que muestra la bibliografía norteamericana sobre las reacciones populares a la cotidianeidad tóxica (Yellow Creek, Woburn, Love Canal, Pennsylvania, Diamond), todos casos de comunidades donde los procesos de movilización colectiva fueron exitosos, según autores como Levine (1982), Bullard (1993), Brown y Mikkelsen (1990), Lerner (2005), Couch y Kroll-Smith (1991), Checker (2005). En estos artículos se documentan procesos conflictivos, en el marco de los cuales los ciudadanos se transforman en militantes políticos y experimentan procesos de «liberación cognitiva». Más bien, y a pesar de que el origen de los procesos y eventos contaminantes no puede compararse, el trabajo de Adriana Petryna (2004) sobre las secuelas catastróficas de Chernobyl ilustra mejor la decepción vecinal. Esta autora resalta que el conocimiento y también la ignorancia sobre la polución, sobre el estado del ambiente,

sobre los efectos de los contaminantes es reconstruido y refractado por todo tipo de actores, y que los errores, las negaciones, el uso parcial de diagnósticos científicos y las argumentaciones falaces sobre la realidad ambiental que puede conocerse son uno de los niveles estructurales de este tipo de problemáticas.

## Comentarios finales

La identificación de sinergias socioambientales a escala local nos muestra mecanismos concretos de reproducción sistémicos que tienen consecuencias sobre la producción social de la salud colectiva en contextos específicos. La producción social de la salud colectiva y de las «hegemonías naturales» sobre los cuerpos en riesgo que conviven con venenos, y que además están sometidos a la habitualidad tóxica (Sarlingo, 2014), es una dimensión de los procesos de globalización vulnerable a la aproximación antropológica, a condición de no perder de vista su historicidad en términos de mediana duración. Se puede concluir que es en contextos de historicidad microsociales donde se fabrican subjetividades, relaciones sociales y representaciones colectivas totalmente dirigidas a legitimar simbólicamente procesos de estructuración de ramas de la producción concentradas generadoras de riesgos colectivos. De esta manera, otra conclusión que surge de manera bastante clara es que el anclaje local de las prácticas de reproducción de un «régimen de gubernamentalidad» (Foucault, 2006; Wacquant, 2012) es tan fundamental como la organización estructural del sistema legal y punitivo, la planificación en gran escala de los flujos de materiales o la estructuración de un mercado sobre la base de medidas de política macroeconómica a nivel nacional. La confirmación de estos dos elementos se vuelve importante para el imprescindible análisis de otras problemáticas actuales muy amenazantes que estructuran la realidad argentina y su presente económico. Enmarcados en un conjunto de procesos de reprimarización de la economía nacional, los avances hacia el monocultivo de soja y sus peligrosas consecuencias socioambientales se complementan en su carácter amenazante con la profundización de la megaminería en gran escala a lo largo de toda la Cordillera de los Andes, incluyendo la puesta en marcha de la explotación de hidrocarburos no convencionales. Poderosísimos capitales transnacionales dominan todos estos sectores a partir de controlar las articulaciones exportadoras a los mercados mundiales y justamente la legalidad construida para facilitar y simplificar la privatización de las ganancias implica diseñar regímenes de gubernamentalidad que posibiliten la socialización de los daños colectivos y la transferencia a las futuras generaciones de argentinos de los costos



ambientales producidos por la destrucción irreparable de los ecosistemas. Se puede demostrar que la fertilidad de abordajes como el realizado en este artículo son fundamentales para caracterizar antropológicamente la dinámica de una sociedad que enfrenta un horizonte catastrófico. Los cruces de perspectivas analíticas que combinen la ecología política y la antropología médica aparecen como imprescindibles para entender la generación de residuos de la megaminería, el uso indiscriminado de agrotóxicos en la producción agrícola y sus impactos en los ecosistemas y en la salud colectiva. Considero que reafirmar este cruce es una de las contribuciones de este artículo.

## Referencias

- Beck, U. (1998). *La sociedad de riesgo. Hacia una nueva modernidad*. México: Editorial Paidós.
- Brown, P. y Mikkelsen, E. (1990). *No safe place: Toxic waste, leukemia, and community action*. Berkeley: University of California.
- Bullard, J. (1993). *Environmental Racism: Voices from the Grassroots*. Cambridge: South End.
- Castells, M. (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2: El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Checker, M. (2005). *Polluted Promises. Environmental Racism and the Search of Justice in the Southern Town*. Nueva York: New York University Press.
- Couch, S.R. y Kroll-Smith, J.S. (Eds) (1991). *Communities and Risk. Collective Responses to Technological Hazard*. Nueva York: Peter Lang.
- Bourdieu, P. (1988). *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.
- Csordas, T. (1990). Embodiment as a Paradigm for Anthropology. *Ethos*, 18(1): 5-47.
- Douglas, M. y Wildavsky, A. (1982). *Risk and culture*. Oxford: Basil Blackwell.
- Fernandez Equiza, A.M. (2007). Análise Interdisciplinar da valoração da natureza nos conflitos ambientais. Tesis doctoral, Doctorado en Ciencias, Universidad de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: FCE.
- García, R. (2000). Conceptos básicos para el estudio de sistemas complejos. En *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*. E. Leff, Coord. México: Ed. Siglo XXI.
- Gallo, O. y Valderrama, J. (2011). La silicosis o tisis de los mineros en Colombia. *Salud Colectiva*, 7(1): 35-51.
- Guber, R. (2011). *La Etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Iribe, M.V. (2012) La construcción social de la salud-enfermedad en una comunidad obrera: el caso de la Villa Alfredo Fortabat. Tesis de grado de la Licenciatura en Antropología Social no publicada. Dir. Dr. Marcelo Sarlingo. Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría - Unicen, Olavarría.

- Levine, A.G. (1982). *Love Canal: Science, Politics and People*. Toronto: Lexington Books.
- Lerner, S. (2005). *Diamond. A Struggle for Environmental Justice in Louisiana's Chemical Corridor*. Cambridge: The MIT Press.
- Petryna, A. (2004). Biological Citizenship: The Science and Politics of Chernobyl-Exposed Populations. *Osiris*, 19: 250-265.
- Riechmann, J. y Fernández Buey, F. (1994). *Redes que dan libertad*. Barcelona: Paidós.
- Sarlingo, M. (1993). La ciudad inconclusa. Tesis de grado de la Licenciatura en Antropología Social. Dir. MSc. Santiago Wallace. Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría - Unicen, Olavarría. Inédita.
- Sarlingo, M. (2000). *El nuevo «cemento verde». Cambio tecnológico y legitimación*. Ponencia presentada en las IV Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Buenos Aires, abril de 2000.
- Sarlingo, M. (2003). ¿Ser verdes o parecer verdes? Conflicto y reproducción: la política ambiental de la Pcia. de Buenos Aires en los años 90. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Inédita.
- Sarlingo, M. (2007). Contaminación del mundo, riesgo y PCBS en la Pcia. de Buenos Aires, República Argentina. *ETNIA*, 48.
- Sarlingo, M. (2014b) Corporalidad tóxica y sufrimiento ambiental. La experiencia de los habitantes de Colonia Hinojo, República Argentina. *Quaderns.e de L'Institut Català D'Antropologia*, 18(2): 156-172.
- Vayda, A. (1983). Progressive Contextualization Methods for Research in Human Ecology. *Human Ecology*, 11.
- Wacquant, L. (2012). Three steps to a historical anthropology of actually existing neoliberalism. *Social Anthropology*, 20(1): 66-79.
- Williams, R. (1977). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Editorial Amorrortu.
- Wolf-Meyer, M. (2011). Natural Hegemonies: Sleep and Rhythms of American Capitalism. *Current Anthropology*, 52(8).